

Jueves XIII del TO
Ciclo B



4 de julio de 2024

Am 7, 10-17

Sal 18

Mt 9, 1-8

P. Eduardo Suanzes, msps

Dos veces han aparecido ya parálíticos en este evangelio¹. Ahora va a explicar Mateo la causa de la parálisis y el poder de Jesús para curarla. El «paralítico», es un hombre incapaz de toda actividad. Curar a un paralítico es dar al hombre la posibilidad de caminar, de elegir su vida, de ejercer su actividad. Este paralítico es, pues, un personaje emblemático que simboliza a todos los «paralizados» de la vida, a todos los que no saben por dónde tirar, qué hacer, a todos los perdidos que no pueden valerse por sí mismos y que no tienen sitio, dependientes de todo y de todos. ¿Están dejados de la mano de Dios? ¿Están destinados a quedar aislados con «su problema», fruto -según muchos- de sus errores o sus malas acciones del pasado? ¿Hay para ellos esperanza?

Son varios, dice el evangelio, los que presentan el paralítico a Jesús, y Jesús «ve» su fe, la de ellos. Estos simbolizan también la fuerza universal de la fe, del tesón, de la esperanza. Frente a la postración del paralítico aparece la solidaridad. Si el mal está por todas partes, también la fe que se traduce en solidaridad; se trata de una fe activa.

Sin embargo, aunque Mateo subraya la fe de los acompañantes del paralítico, Jesús se dirige solo a él para anunciarle que sus pecados están cancelados. «*Los pecados*» en Mateo significan el pasado pecador del hombre, antes de su encuentro con Jesús. La fe en Jesús, que es la adhesión a él y a su mensaje, cancela el pasado pecador del hombre, le da una nueva oportunidad de vida; significa un nuevo comienzo.

Debemos fijarnos bien en el texto, pues existe en él una aparente incoherencia. En efecto, como digo, mientras Jesús «*ve la fe de ellos*», dirige sus palabras únicamente al paralítico. ¿Chocante, no? ¿Significará algo? Pues yo creo que sí. Y es que dado que la fe es la que obtiene la liberación del pasado, esto significa que la figura del paralítico incluye las de sus portadores, son como una unidad; el paralítico representa así a los hombres en su condición de muerte y en su deseo de salvación. Los portadores expresan el anhelo por encontrar salvación en Jesús; el paralítico, la situación concreta de los hombres. Jesús lo exhorta a confiar («*Animo o ten confianza*») y lo llama «*hijo*». Con esta denominación del paralítico Jesús está corroborando el carácter liberador de la fe activa, constata esa fe, esa confianza traducida en amor solidario. Y la identifica con la sanación: la fe, hecha amor, sana desde dentro, radicalmente, a la persona. No le llama «hermano» o «amigo», sino «*hijo*». Como en la escena del bautismo, donde Jesús se pone en la fila de los pecadores, de nuevo

¹ Cfr. 4,24; 8,6

resuena la voz de Dios diciendo «Hijo», solo que ahora eso se le dice al paralítico. Ahora la voz no viene de los cielos, sino que es una voz «encarnada», próxima, identificable en un ser humano: Jesús está hablando la Palabra de Dios; por su boca habla Dios. «La fe de ellos» hace surgir esa presencia de Dios: Dios se hace presente por la fe o la confianza. Por la fe de ellos se escucha la voz de Dios (en o desde Jesús) llamando «hijo» al paralítico. Es decir, que ya está dentro del ámbito de Dios y al ser un término que solo se aplica a los hijos de Israel, Jesús considera a este hombre como miembro de Israel.

Entonces, aparecen los letrados hostiles a Jesús y cuya enseñanza se apoya en la tradición. Si nos fijamos bien, hay una contraposición de «miradas». Los hombres que llevan al paralítico ven a Jesús y se acercan a él; ellos «han visto» la presencia del reinar-amar de Dios, y, por ello, se sienten naturalmente impulsados a integrarse en su amor. Jesús ve la fe de ellos y se dirige al paralítico. En cambio, los escribas, los supuestos «hombres de Dios», los supuestos «concedores de Dios», «no ven» nada de eso. Sólo ven a un hombre -Jesús- que está incumpliendo la Ley de Dios, es decir, no ven amor, sino pecado y murmuraron en su interior. Sin expresarlo en voz alta, juzgan que Jesús blasfema, es decir, que insulta a Dios atribuyéndose una función divina. Jesús intuye lo que piensan y los desafía proponiendo la curación del paralítico como prueba de su autoridad para perdonar pecados.

El sujeto que posee la autoridad es «*el Hombre, el Hijo del hombre*». La doctrina sobre la trascendencia de Dios entre los letrados había excavado tal abismo entre Dios y los hombres, que resultaba imposible para ellos admitir que el Hombre, el Hijo del hombre, pudiese tener condición divina.

La autoridad de Jesús es universal, y dice él que la ejerce «*en la tierra*», es decir, el lugar de habitación de la humanidad. Es decir, Jesús proclama que la liberación del pecado, la liberación de lo que paraliza al hombre y lo tiene sometido, está al alcance del hombre, de la humanidad. Con sola su palabra cura al paralítico. La curación significa el paso de la muerte a la vida («*levántate*», verbo, por cierto, aplicado en Mateo a la resurrección²). El hombre, muerto por sus pecados, no solamente es liberado de ellos, sino que empieza a vivir. La fuerza del argumento propuesto por Jesús («*para que vean*») está en esto: la vida y libertad que él comunica al hombre (hecho constatable, verificable y transparente) prueban que este ya no depende de su pasado (pues sus pecados han sido cancelados), sino que es dueño de lo que antes lo tenía atado, es decir, de su camilla. Jesús le dice «*toma tu camilla*», es decir: «te he liberado porque ahora eres dueño de las ataduras de tu pasado»; y «*él se levantó y se fue a su casa*»³

² Cfr. 27,63.64; 28,6.7

³ Cfr. JUAN MATEOS Y FERNANDO CAMACHO. *El evangelio de Mateo. Lectura comentada*, Ed. Cristiandad. Madrid, 1981